

ficciones y materialidades»; la Historia «sin criba, sin crítica, la que se está rehaciendo de continuo», porque tan reales son Don Quijote y Hamlet, como Cervantes, Shakespeare, Cristo y Apolo, Adán y el antropopiteco. Todo el texto –que me recuerda mucho a «Frío en el alma» (1906), que tiene por figura al paseante-contemplador que medita sobre la atrofia espiritual de España— es de estructura itinerante y cerrada, y el relato acaba con el sacudimiento del ensueño y el regreso al punto de partida para encarar la realidad del presente, la urgencia de la actualidad –un menester, una obligación, momento en que le «arremete cierto hastío»; de ahí ese título en apariencia paradójico y que se explica por la contraposición pasado-presente, ya que «Ensueños de hastío» es una contemplación del poema de la historia según la entiende un viajero que cada vez va quedándose más encerrado en los campos del espíritu y que, incluso cuando viaja físicamente y se desplaza a otros lugares, como a los pueblos del León castellano un día de San Juan Bautista, lo hace soñando desde el recuerdo, en la eterna reconquista de la vida que pasa:

Entre campos de trigo y alfombras de amapolas y rebaños de ovejas trashumantes, y parejitas campestres, y ruinas de castillos y de templos románicos, y viviendas de tapial fraguado a trulla, íbase uno soñando en la eterna historia, en la eterna reconquista de la vida que pasa. Y la otra, la Reconquista mayúscula, ¿qué es lo que fue sino la lucha de unos pastores, ganaderos, contra otros, y por la trashumancia, y aun después de que algunos se asentaron como labradores en ciudades? Caín y Abel, siempre enmellizados, como la muerte y el amor, como el hambre y la envidia.

Rumiar visiones y *remejer* tiempos y espacios, «lugares y continentes –geografía– con días y siglos –cronología– y hacer a los espíritus históricos, por debajo del espacio y del tiempo, coeternos y co-infinitos», es la tarea o el ensueño al que se entrega este viajero inmóvil, opuesto a la legión de «sedicentes dinámicos» que pululan por las grandes ciudades; un viajero que admitirá ser más lo soñado que lo visto y que progresivamente irá dejando sus andanzas para descubrir un nuevo modo de viajar y del que el 19 de julio de 1936 hará esta encendida apología:

«Andar y ver» –se dice–. Y el que esto os dice ha publicado una colección de relatos de excursiones con el título de *Andanzas y visiones españolas*.

Pero es más lo que ha soñado que lo que ha visto. Y sobre todo lo que ha soñado ver. Y cada vez más se recrea —se re-crea, en el sentido originario, se vuelve a crear a sí mismo— viajando no por el espacio, sino por el tiempo. [...] Sólo re-crean al alma los viajes por el tiempo. Y por el tiempo íntimo, por el tiempo de los recuerdos personales. [...] Pero es que este viajar por el tiempo no es propiamente viajar, no es lo que hacen excursionistas y turistas, que van huyendo de todas partes —por topofobia— y sobre todo huyendo de sí mismos, ese viajar por el tiempo es propiamente emigrar. [...] ¿Turismo? ¿Excursionismo? Mejor emigración por el tiempo, tiempo atrás, a través de recuerdos.

No sólo la circunstancia —ni el tiempo ni los tiempos están para tragar espacios, afirma en las líneas finales— explica esta evolución —o involución—, dado el hondo significado que en el Unamuno contemplativo tienen estos ejercicios que le permiten volver a «bañar el alma» en las corrientes espirituales de su niñez y mocedad lejanas, como durante el veraneo de 1934 en Bilbao, o revivir emociones de su juventud universitaria cuando regresa a Madrid en 1932 y escribe una larga serie de artículos sobre aquellos paseos.

Examinemos ahora el otro ejemplo de viaje en el tiempo y en la historia revisando cómo un mismo escenario —el de la célebre batalla de Waterloo— es abordado por tres miradas que se sitúan en tres planos temporales muy distintos. En 1836, durante su jira europea, la novelista Cecilia Böhl de Faber, *Fernán Caballero*, visita el campo y escribe una breve crónica titulada «Una excursión a Waterloo», que comienza con una proclama político-ideológica en la cual confiesa llevar a cabo su «devota peregrinación» bajo «el entusiasmo y el respeto con que en un principio fue visitado el lugar del triunfo de la justa causa», para proseguir con la relación de la visita al famoso enclave, ocasión que aprovecha para insertar una de sus más encendidas arengas, amparándose en el hecho de estar «juzgando por mi individual sentir», de modo que el relato desaparece ante el discurso panegírico (que en ese escenario tienta a muchos viajeros, y no sólo a la reaccionaria romántica), hasta que el narrador cede su voz a otro narrador —el guía del Campo de Waterloo—, que cuenta con gran vivacidad y resortes propios del folletín la histórica batalla de 1815.

Algo más adelante, en aquella elevación de terreno, estaba el emperador. Viendo a sus espaldas salir de aquel bosquecito un cuerpo de tropas que

creyó ser el de Grouchy, dijo a sus soldados: «¡Vamos, valor, valor! Este es el camino de Bruselas.» Mas en aquel instante el general Bertrand se acercó a él y le dijo: «Señor, todo está perdido, es la bandera prusiana». Efectivamente, en lugar del cuerpo de ejército de Grouchy que aguardaba el emperador, era el de Bülow, que le atacaba por el flanco. ¡Qué no debió de sufrir en este instante que acababa para siempre con todas sus esperanzas! Elevado por la fortuna, no hubiera debido confiar tanto en sus pocos sólidos cimientos. «Horribles eran —añadió el guía— los gritos y quejidos de los heridos después del combate: todos pedían agua sin que fuese posible satisfacer su ansia. Llegó a tantos el número de los muertos, que se apiñaron para su entierro, como se habían apiñado para su muerte».

«Una excursión a Waterloo» se cierra con la expresión de los sentimientos que tales hechos le inspiran al narrador, más la consabida meditación elegíaca sobre el poder del tiempo.

Rubén Darío recorrió el campo de batalla en un carruaje «un bello día primaveral» de 1904. Nada más llegar siente, recordando a Víctor Hugo, que ya no puede fácilmente concebirse a otro Napoleón que el idealizado en las leyendas, los versos de Heine o los cuadros lívidos de Henri de Groux. Pasa revista Rubén a todo cuanto se yergue a su alrededor: el gran león conmemorativo sobre su alto pedestal, los monumentos de letras borrosas con nombres de guerreros, el tronco de un árbol contemporáneo de la sangrienta función, huesos, balas desenterradas, apolilladas casacas, *petits-chapeaux*, autógrafos de Blucher o Wellington, números del *Times*, sables franceses, holandeses, ingleses, hierros viejos, memorias viejas...; y en todo cuanto se yergue a su alrededor no ve Rubén sino cenizas, huellas «del más tempestuoso derrumbamiento de gloria y de soberbia que hayan visto los siglos»: cenizas de semidiós (escribe al principio), semidiós en cenizas (redondea al final).

En 1964, viajó allí Sebald, para quien, todo el denominado lugar histórico sobre el campo de batalla de Waterloo —junto con el monumento del león, en Bruselas— constituye la quintaesencia de la fealdad belga. En 1992, cuando escribía *Los anillos de Saturno*, no recordaba ya cuál había sido el motivo de ir allí, «pero lo que sí sé aún es cómo saliendo de la parada de autobuses, a lo largo de un campo pelado y pasando por delante de una aglomeración de edificios a modo de barracones de feria y sin embargo muy elevados, me dirigí hacia el lugar exclusivamente conforma-